



## CAPÍTULO II

La democracia en los campamentos.—Guerras exteriores.—Metelo y Yugurta.—Mario en África.—Invasión de los cimbrios.—Mario en la Galia.—Derrota de los cimbrios.—Guerra de los esclavos en Sicilia.—Luchas intestinas.—Guerra social.—Primera rivalidad de Mario y Sila.

Ya no existen los Gracos. La democracia, vencida en el Foro, ha dejado sus dos cadáveres en la plaza; pasa á los campamentos y se hizo aguerrida para las luchas interiores por las guerras del exterior. Escipion Emiliano, en el sitio de Numancia, entrevia ya la gloria militar del valiente, laborioso y grosero Mario (1). La democracia espera con impaciencia á este hombre que la volverá á levantar. Roma, en medio de las armas, se prepara á nuevas turbulencias.

En la Galia era donde el amigo de Cayo, Fulvio Flaco, había adquirido la gloria militar, que puso al servicio del joven tribuno, y si los romanos habían franqueado los Alpes, era porque habían sido llamados por Massalia (125).

Los masalotas habían sentido crecer su ambición y la habían vuelto contra una nueva tribu de ligures, los salios. Estos no sucumbieron sin honor; derrotados por Fulvio Flaco, volvieron á comenzar muy pronto sus hostilidades. Sextio sometió estas poblaciones, se apoderó de su capital, llevó á ella una colonia y fundó á *Aque Sextia*. Aix fué el primer establecimien-

(1) Plutarco, Mario.

to romano en este territorio, que no tardó en ser llamado «la provincia.»

Los romanos han puesto sus piés en la Galia. Los ligures pudieron acordarse del apólogo que contaban en el momento en que las primeras naves focenses abordaron á sus costas. La liza de la fábula estaba en la cabaña del pastor. Ya los éduos admiraban el poder de la república de Roma, y á instancias de los masalotas, dieron á los romanos el título de «hermanos,» á cambio del de «amigos y de aliados.»

Había una antigua rivalidad entre los éduos y los alobroges (1), á consecuencia de la cual los alobroges se declararon contra los romanos y sus aliados, y tomaron las armas. Los arvernes (2), montañeses, les secundaron en su intento. La guerra debió de ser seria contra estos bárbaros que se hacían un trofeo militar de la cabeza de sus enemigos muertos; y si se ha de creer á los historiadores romanos, fué una carnicería.

(1) *All-brog*, lugar elevado.

(2) *Ar*, elevado; *Verann*, territorio. Véase Amadeo Thierry, *Historia de los galos*; Roget de Belloguet, *Et-nogénesis gala*.

Así los alobroges perdieron desde luégo, cerca de Vindala (122) contra Domicio Ahenobarbo 25.000 soldados. La matanza fué mucho más considerable en otros dos encuentros, en los cuales pelearon con ellos los arvernes, y fueron completamente aniquilados.

Entre tanto Fabio Máximo alcanzó también las victorias que siguen: 200.000 galos derrotados cerca del Ródano; 130.000 alobroges y arvernes muertos un poco más léjos; 120.000 degollados en otro encuentro; 150.000 ahogados de una vez. Pero no era esto todo; era necesario que Bituit ó Bitult, rey de los arvernes, que se rodeaba de bardos y montaba un carro de plata, perdiese de nuevo 120.000 hombres. Fué cogido á traición, pero nunca se le destrozó en una última derrota. Fabio Máximo había ganado perfectamente su sobrenombre de Alobrógico. En cuanto á los arvernes, se les dejó en paz.

Todo esto facilitó, como perfectamente se comprende, la reducción á provincia romana de todo el país situado al oriente del Ródano, desde el paraje en que este río se arroja en el lago Lemán hasta su embocadura en el Mediterráneo. El carro del rey Arverne siguió el triunfo al Capitolio, adonde el *breno* del tiempo de Camilo no había podido llegar (113) (1).

En la misma época, un cónsul, Metelo, mereció el sobrenombre de Baleárico, exterminando una población de honderos que habitaba y defendía las Islas Baleares. Los romanos no despreciaban la más mínima conquista.

Pues bien, la fortuna de Roma era la misma por todas partes; la provincia de África se acrecentó por una nueva guerra. Los romanos encontraron en Yugurta un númida astuto, digno de luchar contra ellos por el valor y por la perfidia. Habían admirado el valor de este fogoso auxiliar en el sitio de Numancia, y la nación morisca adoraba á este intrépido cazador, que casi siempre hería con el primer golpe al león del desierto (2). Así el rey de Numidia, el hijo de Masinisa, Micipsa, tío de Yugurta, le

(1) Floro, l. III; Apiano, *Célticos*; Estrabon, Vell., l. II; Amadeo Thierry, *Historia de los galos*.

(2) Salustio, *Yugurta*.

había adoptado, y á la muerte del príncipe, Yugurta heredó el reino con Hiempsal y Adherbal. Asesinó á Hiempsal; redujo á prisión á Adherbal, el cual acudió en demanda de auxilios á Roma (118); pero Yugurta tenía amigos en la capital del mundo, y sabía que el oro de la Numidia le haría dueño de la amistad de otros. Cuando se le presentó una embajada, ganó á los comisarios y á Opimio, árbitro entre él y su competidor, y el asesino de Cayo Graco vendió el honor de la república al númida, y partió.

Y entonces Adherbal hubiese sido muerto en Cirta si los mercaderes italianos que se encontraban cerca de él no hubieran tomado las armas para defender su comercio; ya á la segunda vez, á pesar de una nueva embajada, fué vencido y no pudo escapar. El vencedor asesinó en Cirta á todos los habitantes númidas é italianos y reunió todo el reino (112).

Era necesario entonces que el tribuno Memnio, para llamar la atención sobre este asunto, amedrentase al senado. El númida envió una embajada, que no fué recibida; escuchó al cónsul Calpurnio Pison Bectia y prometió ir á Roma á justificarse. Había también seducido al cónsul y á sus lugartenientes; corrompió asimismo por su inmoderada generosidad al severo Emilio Escauro, consular, príncipe del senado. La virtud más austera entonces era la que se hacía comprar á más alto precio. Fué cosa de sonrojarse de vergüenza cuando en el Foro, pareciendo decisivas las pruebas, un tribuno sostenía la acusación contra el rey, y otro tribuno defendió los actos del númida. El pueblo acabó por irritarse, y un último asesinato decidió la guerra. Yugurta, sin embargo, pudo abandonar el tribunal de estos jueces y la ciudad del Capitolio, dejándola por adios este despreciativo apóstrofe: *¡Oh, ciudad venal, te venderías si encontrases un comprador!* (111) (1).

La Numidia resistió por el oro y por el hierro. Un cónsul no hizo nada, y un propretor pasó bajo el yugo. La irritación fué tan grande en Roma, que los caballeros tuvieron que condenar algunos traidores. Una venganza más real y positiva era el enviar á Metelo uno de esos

(1) Salustio, *De bello yugurthino*.





que por nada en el mundo manchan su glorioso nombre, y se anunció por la victoria del Mutul y la toma de Vacca, principal mercado de la Numidia (109).

Desde entonces el númida y el romano lucharon con astucia y con valor, uno asolando los campos, quemando ciudades, dando muerte á los jóvenes; el otro conservando sus inaccesibles montañas y sus peligrosas selvas, de donde no salía sino para asaltar y sorprender el campamento romano y volver en seguida á sus puestos de seguridad. Metelo consiguió, en fin, seducir á un númida, Bomilcar, y Yugurta entregó sus armas, elefantes, caballos, transfugas, y únicamente él no quiso entregarse. Prosiguió hasta Thala, la ciudad de sus riquezas, y arrojado de ella, se vió precisado á disciplinar á los gétulos y á sublevar á su suegro Bocco, rey de Mauritania. Entonces volvió; pero tenía enfrente otro adversario.

El hijo del publicano de Arpinum, Mario, había intentado seguir el camino de los negocios públicos y tuvo ménos éxito que en las armas. Este tribuno que (119) había propuesto una ley contra la intriga para hacerse nombrar (117) pretor por una facción, fué rechazado en un día de la edilidad curul y de la edilidad plebeya. Hizo la guerra bajo Metelo, y creyendo á un arúspice de Útica, el hombre nuevo, desacreditando á su general, abandonó el ejército para hacerse dar en Roma, con el consulado, la continuación de la guerra contra Yugurta. No podía enseñar los bustos, los triunfos, los consulados de sus antepasados, pero mostraba sus trofeos militares, picas, collares, una bandera y sus heridas. No había necesidad de justificar el alistamiento de los proletarios, de los libertos, de los esclavos, muchedumbre que armaba y de la cual se hacía jefe (1) (107).

Entre tanto Metelo había resuelto ya no vencer para su sucesor y dejarle todo el peligro con el mando. Tres veces, á punto de ser derrotado, Mario se libró de esta afrenta por osadía y fortuna. En fin, Bocco le pidió la paz

(1) Salustio, *Yugurtha*; Plutarco, *Vida de Mario*.

y envió al rey de Mauritania su cuestor, el joven y pobre patricio Sila, que se había distinguido en todos los combates. Bocco se veía entre Sila que le intimaba la rendición so pena de ser entregado á Yugurta, y Yugurta que quería que Sila le entregase en sus manos. Bocco tomó el partido más seguro, haciendo traición al númida, que siguió el triunfo de Mario y murió de hambre y de frío, después de seis días en los calabozos de Roma (106).

La Numidia, pues, fué reducida á provincia romana. Esta victoria llegó á tiempo de consolar al Capitolio de inauditos reveses; la república tenía necesidad de sus generales en Oriente y en Occidente. Notemos también que Mario y Sila se disputaban ya el honor de la derrota de Yugurta, y aquí comienza su rivalidad.

Desde el 114, la Tracia había tenido sus hostilidades. Los escordiscos, pueblo feroz y de guerreros que bebían en el cráneo de los vencidos, habían asolado la Macedonia, derrotado al cónsul Caton, y se necesitaban persistentes esfuerzos para arrojarlos al otro lado del Danubio. El río pareció todavía favorecerles e extraordinariamente, y un gran número de soldados (1) romanos perecieron en él, al atravesarle por los hielos entreabiertos (110).

Había también además otro peligro. Hombres de elevada estatura, de ojos negros, que llevaban el nombre de kimris, como lejano recuerdo del Mar Kimerio, de donde vinieron tantos ejércitos de invasores, habían aparecido del lado del Nórico. Esta horda, procedente de las costas del Báltico, derrotó y dió muerte al cónsul Carbon (113). Después los kimris (cimbrios), uniéndose á los germanos de Teut (teutones), se reforzaron con los tugenés, tigurinos y los omrah (ambrones) de la Helvecia; se dirigieron á la Galia. Los volgos (belgas), les combatieron en un principio; olvidaban su origen, y al fin se reconocieron los hermanos cerca de la fortaleza de Aduat. Entonces la Galia Central fué asolada, y se abrieron por la fuerza en seguida la fortificación de la

(1) Floro, l. III.



provincia romana. Los bárbaros marcaban su camino por la derrota de los pretores (108).

El mal creció en el año 107. Las legiones se oponían en vano á estas masas de innumerable guerreros. El cónsul Servilio Cepión prometió detenerles, y les encontró al Mediodía. Los tectosages habían hecho alianza con ellos; Cepión sorprendió á Tolosa, la entregó al saqueo, violó los templos; se apoderó de las ofrendas consagradas (105). Su ejército se enriqueció con el oro sacrilego; y más tarde se dijo: «Desgraciado del que tenga oro de Tolosa.» Este oro le fué funesto, y más lo fué todavía la mala inteligencia del cónsul con su colega, que era un hombre nuevo é incapaz.

Cerca de Orange, de ochenta mil romanos que fueron colocados en batalla, solamente escaparon diez, y entre ellos el joven Sertorio, que atravesó el Ródano á nado sin abandonar su coraza ni su escudo. Á pesar de todo, no faltaban á Cepión ni firmeza ni valor, pero pertenecía al partido aristocrático. Algunos años después (195) se le persiguió bajo el pretexto de su derrota y fué estrangulado en la prisión. «La suerte de la guerra había sido todo su crimen, y el odio del pueblo toda su desgracia.» Tal es la opinión de un «hombre célebre», de un caballero, del orador Cicerón (1).

Los bárbaros, después de su victoria y de la destrucción de la provincia, volvieron hacia España y pasaron los Pirineos. También hubieran podido dirigirse á los Alpes, y entonces ¿qué habría sucedido? Rutilio Rufo estaba reformando las legiones, y daba á los legionarios los maestros de esgrima de los gladiadores. Roma se confió, en su terror, á Mario, y le eligió cónsul para poder combatir á los enemigos de Italia. Mario pasó á la Galia; allí se encontraban Sila y Sertorio. Mario preparó á sus soldados en el arte de la guerra con tales fatigas, que se les apellidaba frecuentemente con el nombre de mulos, y empleó sus tres consulados (105 á 102), en hacer el canal del Ródano al mar, que llevó el nombre de *Fossa Mariana*. Los kimris, en este tiempo, habían caído como una avalancha allende de

(1) Cicerón, *De Claris oratoribus*.

los Pirineos, sobre las provincias romanas y sobre la antigua raza de los iberos, como una de aquellas invasiones septentrionales que la España maldijo en sus canciones nacionales. Después volvieron á la Galia, donde habían quedado los teutones.

No deseaban más que caer sobre Roma; pero se dividieron nuevamente. Los kimris se dirigieron hacia el Noricum, cuyo paso fué á defender Cátulo; Mario se colocó al frente de los teutones y de los ambrones en el camino de Liguria, cerca del Ródano y de la *Fossa Mariana*. Los rudos guerreros del Norte, no pudiendo romper sus líneas ni decidirles á un combate con sus injurias, desfilaron por espacio de seis días al frente de su campamento, preguntando á los romanos si no tenían nada que decir á sus mujeres. Marchaban hacia Roma, pero quedaron admirados al encontrarse otra vez con Mario frente á *Aqua Scetia*. Esta vez las legiones estaban preparadas; Sertorio había penetrado en el campamento enemigo disfrazado de galo: la siriana Marta, profetisa de Oriente, daba favorables presagios. Mario carga sobre los ambrones y les persigue hasta sus mismos carros, donde son asesinados por sus furiosas mujeres. Dos días después succumben los teutones en número de 100.000; su rey, Teuto-Boeh, es reservado para señal del triunfo. Los masalotas pudieron cavar sus viñas con los huesos de los vencidos, y aún subsiste el recuerdo de aquella carnicería y de la corrupción que produjo, en el nombre del pueblo de Pourrieres, *Campos patridos* (1).

Los kimris seguían, sin embargo, su camino. Roma supo que estos hombres, de asqueroso semblante y con el cuerpo desnudo, habían pasado los Alpes en lo más riguroso del invierno, y que sentados sobre sus escudos en medio de las nieves, se habían dejado deslizar á lo largo de las montañas. Cátulo, arrastrado por sus soldados, hubo de retroceder. Precisamente en el momento mismo en que ofrecía un sacrificio con el botín de su victoria, recibió Mario la nueva de su quinto consulado.

Pronto se encontró con Cátulo frente á fren-

(1) Plutarco, *Vida de Mario*.





te de los cimbros, quienes pedían un lugar en el combate para sí y para sus hermanos.

Dióse la batalla cerca de Verceil; los cimbros juraron no regularian, y ataron sus tahalies unos con otros. Cátulo y Sila, que mandaban el centro del ejército, sostuvieron el empuje de los enemigos, ayudados del sol, que hería la vista de los bárbaros, y comenzó luego la matanza (1).

Las tropas de Mario se habían dispersado; pero pronto volvieron, y saquearon el campamento en que las mujeres del Norte se degollaban después de sus maridos. Cátulo era dueño de los estandartes ó banderas; los cadáveres llenaban los llanos, y los campos se hallaban cubiertos con las picas de los soldados. Sin embargo de esta brillante victoria por parte de Mario, estuvo expuesto á no triunfar en el Capitolio. Proclamóse, sin embargo, á este favorito del pueblo «tercer fundador de Roma» (101), después de Rómulo y después de Camilo.

Parecía que por entonces iba á renacer la calma. En medio de la preocupación de esta gran guerra sobrevinieron aún nuevas dificultades.

Apénas se había fijado la atención en la tentativa de un caballero que armando á sus esclavos había tomado el título de rey, y pronto se había dado muerte (104). Pero los males producidos por la esclavitud iban siendo cada vez mayores; los publicanos se burlaban de la libertad de los hombres en las provincias, y se elevaban tantas reclamaciones justas contra este abuso, que no podía prevalecer derecho alguno. La equidad no era posible.

La tierra comenzaba á estremecerse en Sicilia ante la inminente guerra de los esclavos (2). Los esclavos se dejaban arrastrar fácilmente del prestigio de la divinación. Salvio y Atenion se hicieron presentes con la púrpura y la diadema. Atenion, abdicando en favor del

(1) Plutarco, *Vida de Sila*.

(2) Diodoro, lib. XXXVI; el pretor Nerva había dado libertad á más de 800 desgraciados, reconocidos evidentemente por libres de derecho, renunciando á hacer justicia á los demás.

bien comun, se reunió á Salvio, que apellidándose el rey Trifon, se hizo dueño de la plaza de armas de Triocale. Á la muerte de Trifon ocupó él su puesto; pero el cónsul Aquilio dispersó sus tropas y las exterminó. Así terminó la sublevación (104-101). Renació el orden en Sicilia.

Terminan por ahora las guerras.

Mario, insaciable de honores, compra un sexto consulado: este rudo soldado, ignorante del Foro, produce miles de perturbaciones con su política. Sostiene al ambicioso Saturnino, quien hizo dar muerte á un tribuno por ocupar él esta dignidad; propone una ley agraria en favor de los aldeanos de Italia, é hizo desterrar á un senador. En los comicios consulares hizo éste asesinar al candidato que iba á ser designado, y gozaba al oír que se le apellidaba rey. Por último, fué decretada aquella fórmula de *Caveant consuli*; pero éstos, á pesar de la terrible sentencia, le bloquearon en el Capitolio, de donde salió sólo para verse apedreado por el pueblo enfurecido, que le lanzaba las tejas desde lo alto de sus casas (1) (100).

La lucha del Foro degeneró después en proceso, y los senadores privados de sus votos fueron perseguidos por los caballeros. El opresor de Sicilia, Aquilio, el infortunado Cepion y el desterrado Rutilio, fueron los únicos que se atrevieron á reprimir á los publicanos de Asia.

Los publicanos se vengaron de Roma; pero Smirna acogió como á un libertador al virtuoso desterrado, que no quiso jamás pedir su vuelta del destierro. La aristocracia se veía justamente oprimida (2).

El senado trató de salvarse por la popularidad y suscitó un nuevo tribuno, á Druso, de noble nacimiento, hijo del que había derrotado á los Gracos. El antiguo Druso no había combatido más que con un hombre, y este último combatió á un partido. El pueblo y la nobleza le sostenían; pero los caballeros y algunos de la Ombria y de la Etruria se adhieron al partido de un cónsul. Su campeón, Filipo, ex-

(1) Plutarco, *Mario*.

(2) Ciceron, *De Oratore*; *De cloris Oratoris*.



clamó diciendo *que no era posible gobernar la república con un senado tal como el de Roma*. Los Padres se ruborizaron; el anciano y elocuente Craso, á pesar de hallarse en los últimos momentos de su vida, levantó la voz y dijo: *Aunque me arrancáran la lengua, mi libre soplo despreciaría tanta audacia*. Y espiró lleno de fatiga. Las leyes de los tribunos pasaron, pero una tarde fué asesinado en el umbral de su casa y su obra no duró mucho más que él. Otro tribuno, Vario, el asesino quizás de Druso, fué el que la destruyó y los caballeros renovaron sus proscipciones. Desde la guerra con los cimbros ninguna otra había venido á turbar la tranquilidad de la república.

Hubo un combate, pero sin peligro, en la resistencia de los celtiberos, quienes una vez libres de los bárbaros del Norte, creyeronse también libres del yugo romano. Por este mismo tiempo, la Cirenaica, de la que en otro tiempo Roma había dispuesto en favor de un Ptolomeo, quedó como provincia tributaria por el testamento de Ptolomeo-Appion.

Mario, en tanto que ocupaba el poder, no dejaba de producir disturbios en los asuntos del Asia. «Aquella vieja espada que ya no se necesitaba,» aspiraba en su dueño á tener nuevo destino. Á su frente tenía un príncipe que se acordaba de las injurias, y esto hizo que llegara luego un tiempo en que no fué posible el desprecio para el rey del Ponto. Cuando Mitrídates, sin embargo, se puso en movimiento, Sila desde luego le arrojó de la Paflagonia y recibió una embajada de los arsacidas.

Pero bien pronto la Capadocia y la Bitinia, que eran aliadas, se vieron por segunda vez invadidas. Aprovechó, utilizó para sí las turbaciones que habían estallado en Italia (90) (1).

Los italianos, que habían perdido toda esperanza de las leyes de Druso, pensaron al fin en sí mismos. Roma no tenía más que vagos indicios de sublevación, cuando los asculanos estallaron, dando muerte á un procónsul, á un lugarteniente y á todos los romanos que se encontraban en su sociedad, y este fué el jura-

mento de aquella *guerra impia* (1). El levantamiento en armas fué universal; los pueblos del Norte y del Sur de la península se unieron en la guerra social, y se forma una confederación italiana contra Roma, de los cónsules, algunos pretores y la ciudad de Corfú. Los vagamundos formaban sus asambleas, y los pastores y los colonos acudían de á caballo. Todas las ciudades desecharon la lengua de Roma y volvieron á su antiguo idioma primitivo; resucitaron todas las nacionalidades, muertas ya hacia tiempo, al sonido de la trompeta de Pompedio Silo. Los latinos, los galos, los etruscos y los ombríos quedaron, sin embargo, inactivos.

En medio de las estratagemas y de las victorias del italiano Pompedio, que decía á Mario: «*Si tan gran capitán eres, ven á combatirme*,» en medio de los reveses de los romanos, Perpena, Lucio César, Rutilio Cepion, de las humildes victorias del anciano Mario y de las muchas ventajas alcanzadas por Sila, que venció á los belicosos marsos, fué necesario resolverse á dar el derecho de ciudadanía á todos los que no habían desertado de la causa de la república (89). Por este medio se prevenía quizás una grande defección. El asculano Judacilio se dió muerte, quemándose sobre una pira de leña, en medio de la ciudad que fué también arruinada; Pompedio, que suscitaba á la Apulia y estaba en tratos con el rey del Ponto, pereció, y con él acabó todo apoyo para la libertad de las ciudades.

Sila, asolando todo á su paso, se apoderó en Bovianum del senado de la confederación. Sin embargo, los vencidos recibieron el título de ciudadanos, y preciso es reconocerlo, el orgullo romano debió sentirse herido. Piénsese lo que se quiera del desastre de los 300.000 italianos, no sin motivo se hicieron las medallas samnitas, que representaban á su toro colocando la pezuña sobre la loba (2).

La «guerra social» cedió algo en el exterior. Mitrídates salió de los oscuros retiros de sus mayores, y llegó á ocupar un elevado puesto (3).

(1) Apio, *op. cit.*

(2) Apio, Plutarco, Floro.

(3) Ciceron, *Pro lege Manilia*.

(1) Apio, *op. cit.*; Plutarco, *Mario*.





Los comisarios de la república, no contentos con restablecer á Nicomédes en la Bitinia y á Ariobarzan en la Capadocia, excitaron contra él á Nicomédes.

Mitridates, que hasta entónces parecia dudar de sí mismo y que permitió fueran asesinados los italianos, no dudó ya un momento y destruyó á Ariobarzan. Reconocido por jefe de los bárbaros vecinos del Ponto el suegro del rey de Armenia, Tigranes (89), reunió doscientos cincuenta mil infantes, cuarenta mil de á caballo, trescientos barcos de guerra, cien galeras de dos remos y ciento treinta carros armados, con lo que se halló perfectamente preparado.

Dispersó al ejército de Nicomédes, y á tres cuerpos de ejército mandados por tres pretores; Hizo beber oro fundido al cupido Aquilio. Tal era por todas partes el odio á los romanos, que el gran monarca no tuvo más que dar una orden á todas las ciudades del Asia Menor, y to-

das ellas se armaron. De entre los cien mil romanos que fueron asesinados, sólo se economizó la vida del virtuoso Rutilio. El lugarteniente del rey, Arquelao, iba delante siempre victorioso, y se apoderó de las Cícladas, de la isla Eubea, de la Tracia y de la Macedonia. Fueron necesarias tres victorias de Bracio Sura para detenerle en Queronea (88) (1).

La dominacion romana estaba en peligro. Roma tenia que elegir para su defensa entre Mario y Sila. Mario, anciano y enfermo, salió de su voluptuosa ciudad de Misena, y se presentó nuevamente en los ejercicios del campo de Marte. Sila, su competidor, que ocupaba el consulado, orgulloso y altivo, oponia toda su gloria á la de su rival, y comenzó entre ellos la guerra.

(1) Apiano, *Guerras de Mitridates*.

... las venidas... los políticos... el ejército... las ciudades... el gran monarca... la república... las galeras... el cupido Aquilio... las ciudades del Asia Menor... las ciudades se armaron... los cien mil romanos... el virtuoso Rutilio... el lugarteniente del rey... Arquelao... las Cícladas... la isla Eubea... la Tracia... la Macedonia... las victorias de Bracio Sura... Queronea... la dominacion romana... Mario y Sila... Misena... el campo de Marte... el consulado... la gloria... la guerra.

... las venidas... los políticos... el ejército... las ciudades... el gran monarca... la república... las galeras... el cupido Aquilio... las ciudades del Asia Menor... las ciudades se armaron... los cien mil romanos... el virtuoso Rutilio... el lugarteniente del rey... Arquelao... las Cícladas... la isla Eubea... la Tracia... la Macedonia... las victorias de Bracio Sura... Queronea... la dominacion romana... Mario y Sila... Misena... el campo de Marte... el consulado... la gloria... la guerra.

1. Apiano, *Guerras de Mitridates*.  
2. *Idem*, *Idem*.  
3. *Idem*, *Idem*.

1. Apiano, *Guerras de Mitridates*.  
2. *Idem*, *Idem*.  
3. *Idem*, *Idem*.